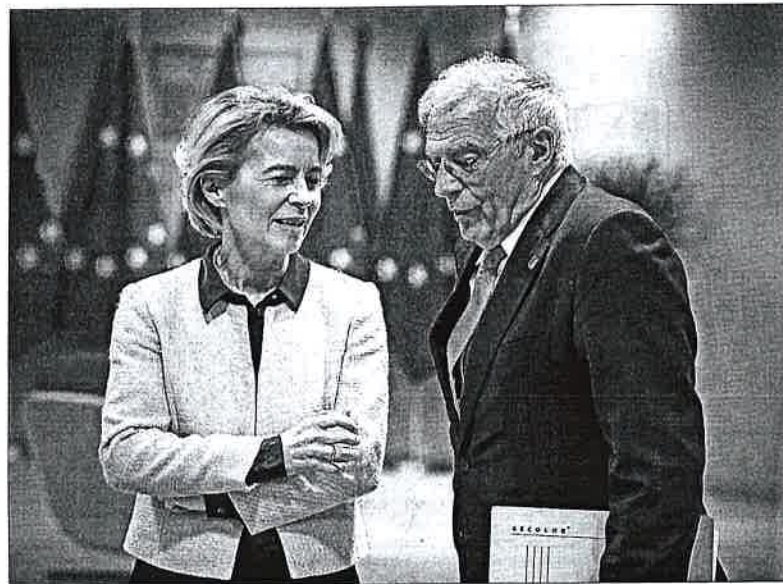


INTERNACIONAL

ESCENARIOS DE LA NUEVA GUERRA FRÍA | 5. El pulso territorial. Europa

La Unión busca una vía propia para evitar una confrontación con Washington o Pekín, aunque prepara medidas de protección contra empresas chinas en sectores estratégicos

El riesgo de quedar atrapada entre dos bloques



Ursula von der Leyen y Josep Borrell, en la reunión UE-Balcanes occidentales del 16 de febrero. / M. SALERNO (DPA)

BERNARDO DE MIGUEL, Bruselas
El riesgo de quedar atrapada en medio de una nueva guerra fría planea desde hace meses sobre Europa. Pero la escalofriante posibilidad tomó carta de naturaleza, al menos virtual, durante la videoconferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión Europea el pasado 15 de junio, en la que participó el secretario de Estado de EE UU, Mike Pompeo. "Habló abiertamente de guerra fría", rememora con preocupación un diplomático comunitario. "Nunca mencionó la palabra China, siempre habló del Partido Comunista de China, y nunca se refirió a Xi Jinping como presidente de un país, sino como secretario general de un partido político", añade la misma fuente con evidente inquietud.

La cita dejó un regusto amargo entre los europeos, incluso entre los más atlantistas, al poner en evidencia que el choque entre Washington y Pekín puede experimentar una escalada que coloque a la UE entre dos fuegos comerciales y diplomáticos.

"Creo que la posición de Europa debe ser la de no participar en esta confrontación", martillea desde hace semanas el vicepresidente de la Comisión Europea y Alto Representante de Política Exterior de la UE, Josep Borrell. El jefe de la diplomacia comunitaria está convencido de que "hay un intento de que Europa se posicione con unos o con otros".

Pero los tirones de uno y otro lado son cada vez más fuertes. Y parece difícil que la UE, el mayor bloque económico por el número de socios y la mayor potencia comercial del mundo, pueda mantenerse al margen de una disputa que marcará desde el desarrollo tecnológico de las próximas décadas (con el despliegue de la tecnología 5G como primera batalla) hasta la aniquilación o transformación del orden multilateral surgido después de 1945, pasando por la carrera espacial o la coordinación frente a emergencias globales relacionadas con el clima o con la salud.

"Estamos en medio, si no nos movemos, las dos partes nos aplastarán", advierte una fuente diplomática. Y recomienda, como única solución, "aumentar la soberanía estratégica en todos los terrenos". "Europa tiene que en-

contrar su propio lugar entre EE UU y China, no podemos limitarnos a seguir la tendencia que impera en Washington en cada momento", defiende un alto cargo de la UE. Alemania es el socio que más aboga por seguir una vía propia, pero la tolerancia del Gobierno de Angela Merkel con la dictadura comunista de Xi se encuentra cada vez más en entredicho. Y la intervención de Pekín para acabar con las protestas en Hong Kong mediante una ley de seguridad que amenaza las libertades en la antigua colonia británica ha colocado a Berlín en una posición casi imposible de mantener.

"Si no nos movemos, las dos partes nos aplastarán", dice una fuente diplomática

El tono de Bruselas hacia el Gobierno de Xi se ha endurecido progresivamente

Fuentes diplomáticas consideran que Alemania ya empezó a matizar su deferencia hacia China en 2019, cuando la Comisión Europea oficializó la expresión "rival sistémico" para describir a la segunda potencia económica del planeta, solo por detrás de Estados Unidos.

Desde entonces, el tono de Bruselas se ha endurecido progresivamente sin que Berlín haya podido evitarlo. Y la crisis económica provocada por la pandemia de covid-19 parece marcar un punto de no retorno en el enfriamiento del entusiasmo europeo con China, que alcanzó su punto álgido cuan-

do Bruselas defendió a capa y espada el ingreso del gigante asiático en la Organización Mundial de Comercio en 2001, a pesar de tratarse de una economía claramente intervenida por el Estado.

La apertura europea también ha facilitado una creciente inversión china, que pasó de apenas 700 millones de euros en 2008 a batir el récord anual en 2016 con 37.000 millones de euros.

La Comisión ha tomado ahora la senda contraria. Y prepara medidas de protección para frenar la entrada de las empresas chinas, en su mayoría dopadas con subsidios públicos, en sectores estratégicos de la Unión o para impedirles adquirir compañías europeas depreciadas por la crisis.

Merkel todavía espera calmar las aguas con una cumbre al máximo nivel entre la UE y China (prevista para septiembre, pero aplazada por la pandemia), aunque la tensión entre Washington y Pekín y la beligerancia de Xi Jinping hacen cada vez más difícil el entendimiento.

Préstamos a socios

Bruselas ha acusado abiertamente a China de alentar campañas de desinformación que pueden haber agravado el impacto de la pandemia. Y observa con creciente disgusto las maniobras de Pekín para poner cuñas entre los socios comunitarios con sus planes de expansión, canalizados a través de préstamos e inversiones ligados a la Nueva Ruta de la Seda.

Mal que le pese, Europa se expone a ser uno de los escenarios de una nueva guerra fría, tres décadas después del final de la anterior. Aquella estalló un 1 de abril de 1948, tras numerosas disputas sobre la ocupación de Alemania entre los países occidentales y la Unión Soviética, hasta hacía poco aliados en la Segunda Guerra Mundial, según recuerda el historiador Tony Judt en su imponente obra *Postguerra*.

La de ahora nace de una inesperada reacción de EE UU contra una globalización desequilibrada y con competencia desleal. La historia juzgará. Pero como decía Judt, al final, "no tiene mucho sentido preguntarse: ¿quién empezó la Guerra Fría?". Lo importante, quizá, será salir airoso del peligroso fuego cruzado.

ANÁLISIS / LLUÍS BASSETS

La trampa de Trump

Se cumplirá esta vez la llamada *trampa de Tucídides*? El ascenso de una nueva potencia, junto al miedo que provoca en la potencia titular de la hegemonía, conduce casi inexorablemente a la guerra. Tal es la teoría de Graham Allison, el profesor de Harvard que la ha formulado a partir de la Guerra del Peloponeso (siglo V antes de JC), en un estudio histórico que contabiliza 12 casos sobre 16 en los que se ha cumplido.

La regla tiene posibilidades de quedar validada si Trump se mantiene cuatro años más en la presidencia y se incendia alguna de las numerosas zonas de fricción que rodean a China: Taiwán, Corea del Norte, Tíbet y Xinjiang, Hong Kong o el Mar de

la China Meridional. Pero de momento basta con observar cuánto ha contribuido el actual presidente a su cumplimiento.

Nada estaba predeterminado hasta el brote epidémico de Wuhan. Trump estaba concentrado, de una parte, en defenderse del *impeachment*, y de la otra, en la obtención de un acuerdo comercial ventajoso, con la pretensión de recortar su déficit comercial y recuperar puestos de trabajo para Estados Unidos. Lo firmó el 15 de enero, no sin antes prodigarse en sonrojantes halagos personales a Xi Jinping, luego prolongados incluso en forma de elogios a su gestión de la pandemia, al igual que anteriormente se había prodigado en guiños condescendientes con la política china hacia

Hong Kong o el internamiento de musulmanes uigures en campos de concentración bajo la acusación de terrorismo.

No fue hasta mucho más tarde, a mitad de marzo, ante la catástrofe que se le echaba encima, cuando se decidió a denunciar el origen chino del virus y la complicidad de la Organización Mundial de la Salud en la mala gestión o en su ocultamiento. No era tan solo un burdo truco electoral, sino también una forma de desviar sus propias responsabilidades. Cuanto estalló la epidemia, la Administración de Trump había desmontado la red de alerta instalada en China, además de recortar la delegación del Centro de Control y Prevención de Enfermedades (CDC) y cerrar tres agencias

más vinculadas con la salud y la investigación en la capital china.

A pesar de una vigilancia tan mermada, la información sobre el brote llegó al Despacho Oval a principios de enero, incluida en el resumen diario preparado por las agencias de inteligencia para el presidente (*Presidential Daily Brief*). La única dificultad es que el presidente no lee y ni siquiera escucha los resúmenes del resumen que le hacen sus colaboradores. Nadie prestó atención a Wuhan en Washington. El único departamento en contacto con el Gobierno chino era el de Comercio, concentrado en el acuerdo comercial y en evitar que cualquier otro conflicto interfiriera.

Con una guerra fría en marcha y la consigna de imponer la ley y el orden en las ciudades estadounidenses Trump tiene ahora todas las piezas de una campaña electoral. Como la de Richard Nixon en política interior, y al revés que Nixon, el presidente que abrió las puertas de China y firmó la paz con Vietnam, en el exterior.